

### **La maestra de tercero (Enero)**

---

«Con los ojos del alma». Así es como santa Teresa asegura que veía a Jesús. No con los de la cara, sino con esa otra mirada, que brota de manantial más hondo, y conmueve y transforma. La mirada del amor, que ve siempre en lo escondido, en *lo esencial*, invisible —nos dice *El Principito*— a los ojos.

Se llamaba Isabel. Aunque nunca más volví a verla, aquel curso con ella me marcaría para siempre. Yo era tan solo una niña de ocho años, con mis manías y mis miedos, como todas, cuando esta joven maestra me abrió los ojos del alma y me contagió una fe ciega en mis posibilidades. Creyó en mí, apostó por mí. Me enseñó también a mirar de otra manera, con veneración y confianza, viendo en el otro a un compañero de camino, y no a un rival.

Nunca olvidaré, por ejemplo, aquella escena. Atendía ella a un niño con dificultades para el cálculo. Al preguntarle cuánto eran 10 x 10, el chico dudaba y se atascaba, una y otra vez. Yo, que escuchaba allí cerca, perdí la paciencia, y, creyendo que así me congraciaba con ella, solté un: “Son 100, *tonto*”. Los ojos de Isabel me miraron severamente y, con un tono de reproche, me dijo que pidiera perdón a mi compañero. Lo hice entre sollozos. Jamás olvidé la lección: el respeto y la delicadeza hacia el menos privilegiado, el que lleva otro ritmo, el otro... diferente. Puso en evidencia mi actitud prepotente, que no era sino la otra cara de mi inseguridad y hambre de atención.

Pero quizá lo más curioso que recuerdo de ella fue su empeño en que aprendiera a nadar, algo que, desde luego, no formaba parte del currículo. Llegó a acompañarme a la piscina, en su tiempo libre, para enseñarme, intentando que perdiera el miedo. Desde el agua, me invitaba: “Salta, que dentro, flotarás, pero, si no, aquí estoy yo, para sujetarte”. Con ella aprendí a fiarme: los otros son mano amiga que nos hace salir a flote cuando perdemos pie y parece que nos hundimos.

Somos lo que somos gracias a las personas que han pasado por nuestra vida, sembrando, dejando su huella indeleble, enseñándonos el valor de lo humano, invisible casi siempre a los ojos.

### **Por favor, asusten a mi hijo (Febrero)**

---

Hace unos días, al final de la mañana, sonó el timbre de nuestra puerta. Al otro lado, una voz masculina: «Quisiera hablar con alguna hermana de aquí». «Si me dice de qué se trata...»—pregunté por el contestador. «Es para que asusten *un poco* a mi hijo, de seis años, que no se porta bien en el colegio».

Naturalmente, le abrí la puerta y conversamos sobre Alejandro, su hijo, mordido por los celos hacia su hermanita menor, y con problemas de conducta. Hablamos sobre lo complejo que es educar, encauzar a una criatura hacia el bien, y sobre aquello que lo puede favorecer o bloquear. «Un día, al pasar por delante del Convento, y ver las rejas, se me ocurrió la idea y le dije al crío que esto era un colegio para niños que se portan mal, y se llevó un sofoco. Pero ya se le ha pasado el miedo y ha vuelto a dar problemas, así que he pensado que conviene meterle más miedo, y traerlo aquí dentro, y que se crea de verdad que lo podemos encerrar». Hablamos sobre el engaño, la falta de credibilidad de quien convierte lo bueno en malo para su propio interés, de qué pensaría Alejandro cuando creciera y se diera cuenta de que su padre lo había querido manipular con mentiras... Y a las monjas, en medio de esa historia, se nos busca como cómplices de un orden basado en el terror.

«Con regalos grandes castigabais mis delitos», le dice Teresa a su Dios. (V 7, 19). Es su experiencia... y también la mía. Recuerdo que, en una ocasión, trabajando con presos de distintas nacionalidades, les pedí que enumeraran cinco realidades que les producían miedo. Varios de ellos escribieron DIOS en su lista. Abu, un joven de Sierra Leona, resalado y guapetón, abría los ojos como platos cuando yo le aseguraba que Dios nos lleva tatuados en la palma de su mano, como los chicos se graban el nombre de su novia. «Dios lleva escrito “Abu”, en su palma, porque te ama, y le gusta leer tu nombre a cada instante».

«*Oh, ¡mano blanda! ¡Oh, toque delicado!*»—exclamaba conmovido el poeta, el místico Juan de la Cruz. Así es el tacto de Dios, que nos despierta al bien, tan solo a fuerza de amor.

---

### **Milagro cotidiano (Marzo)**

---

«Hoy hemos visto cosas maravillosas» (Lc 5, 25). Tres sencillos conceptos ensamblados en una frase capaz de transformar nuestra mirada. La primera palabra remite al instante que vivo: hoy. No ayer, ni pasado mañana. Por pura gracia, existe un presente para mí: pude no haber nacido, podría haberme ido ya... «Hemos visto» nos introduce en la experiencia. No son ideas, ni conceptos aprendidos, no se trata de algo que me han contado: lo he experimentado y palpado yo personalmente. Y, por último, la alusión a esas «cosas maravillosas», maravilla que atrapa y fascina, que conmueve y que alegra el corazón.

Palabras del Evangelio que no pueden ser válidas solo para días y acontecimientos extraordinarios. La maravilla nos rodea, en lo más simple, en lo cotidiano. Porque Dios anda «entre los pucheros», como bien sabía Teresa de Jesús, y su rastro vive prendido en cada ser, en cada cosa.

Maravilla, el agua que brota de cada grifo de nuestra casa, al reclamo de nuestra mano, obediente, limpia, saludable. Maravilla cotidiana, todo lo que damos por supuesto, olvidando la posibilidad de que no existiera, ignorando los charcos en los que han de beber tantas personas, los basureros del planeta donde hurgan, buscando su sustento, infinidad de criaturas humanas.

Maravilla, el saludo de un vecino que pudo volver su rostro y hacer como que no nos veía. Maravilla, la sonrisa de un compañero de trabajo, a pesar de las tensiones laborales. Maravilla, la broma de los amigos y sus palabras refrescantes, que nos reaniman y quitan sinsabores.

Vivo en un lugar privilegiado, con vistas al Mediterráneo. Desde la ventana de mi habitación, por la mañana, contemplo el sol que comienza a rasgar la oscuridad, y las nubes que se apresuran a darle paso. El mar, al fondo, se alegra y lo recibe, y relumbra con un color metálico indescriptible. Ningún día es igual a otro. Un amanecer jamás se repite. Como Dios, a quien Juan de la Cruz llama «ínsulas extrañas», conmovido por su eterna novedad.

Vivimos milagros cotidianos. Y podemos llegar a la noche como niños en día de Reyes, desbordados de dones.

---

### **Teresa de Jesús, a las puertas de un centenario (Abril)**

---

«Leer a Teresa» es el objetivo que persigue el V Centenario de su nacimiento (1515-2015). Con obras del calado de las suyas, corremos el riesgo de pensar que ya está alcanzada la cima de cualquier búsqueda, y dedicarnos a sacarles brillo y exponerlas en una vitrina. Pensamos que lo que allí se narra es solo para algunos seres privilegiados. En el fondo, buscamos defendernos del impacto desestabilizador de su lectura, y nos perdemos la posibilidad de que esa historia de amor pueda ser también nuestra historia. Por eso, el propósito de esta mujer al escribir es «engolosinar» al lector, suscitar en otros el deseo de encontrarse con el Dios que a ella le cambió la vida. Y el primer requisito es creer que eso es posible, porque Dios «es muy amigo de que no pongan tasa a sus obras».

Con Teresa, descubrimos que místico no es el que levita a un palmo del suelo, sino quien es capaz de descubrir, en el claroscuro de la historia –personal y también social–, el rostro de un Dios comprometido con el ser humano en todas sus búsquedas.

«Dios le concedió una sabiduría e inteligencia extraordinarias, y una mente tan abierta como las playas junto al mar» (I Re 5, 9). Esta antífona de las I Vísperas de su fiesta la retrata como fue: una mujer libre y vitalmente contraria a cualquier fundamentalismo. No en vano, ella afirmaba que «las cosas del alma siempre se han de considerar con plenitud y anchura y grandeza» (1M 2, 8). Y

no como creían esos «medio letrados espantadizos», teólogos de pacotilla, que pretendían «llevar las cosas por tanta razón y tan medidas por sus entendimientos, que no parece sino que han ellos con sus letras de comprender todas las grandezas de Dios» (MC 6, 7).

Cuando en 2009, el Capítulo General de los Carmelitas Descalzos proponía la lectura y el estudio de los libros teresianos como la mejor manera de preparar el V Centenario, estaba proporcionando la clave para entender el valor de su herencia. A cada obra suya le cuadra esa definición que Ítalo Calvino ofrece de un «clásico»: «un libro que nunca termina de decir lo que tiene que decir».

---

### **«Los ojos en Él»: entendiendo la vida contemplativa (Mayo)**

---

Varias veces a lo largo del año, aterrizan en nuestra casa grupos de chavales. Unos están en catequesis de confirmación en sus parroquias, otros vienen desde la clase de religión de algún instituto o colegio de la zona. Sus profesores o catequistas quieren que sepan que, aunque somos una presencia invisible, existimos. Al reunirnos con ellos, surge siempre en el diálogo la misma pregunta: «¿Qué hacéis todo el día aquí encerradas?» Dependiendo de la madurez de quien la formula, unas veces añade: «¿Y no os aburrís?». O bien, esta otra versión más elaborada: «¿Qué sentido tiene vuestra vida?»

En esos casos, me quedo mirando a la chica, al chico e internamente me pregunto: ¿Cómo podrías entenderlo? ¿Cómo explicar a un adolescente de hoy que aquello que te sustenta, lo que da aliento a tu existir no es lo que se tiene o se hace, ni el lugar donde se vive?

Pero no son solo los jóvenes. Muchos en la sociedad –y en la misma Iglesia– siguen sin entender nada de nuestra vida.

Cierto día, Juan de la Cruz preguntó a una monja (Francisca de santa María) en qué se ocupaba en la oración, y ella le respondió que «en mirar la hermosura de Dios y holgarse de que la tuviese». Sin darse cuenta, estaba elaborando todo un tratado de vida contemplativa. Mirar la deslumbrante hermosura de Dios y recrearse en ella bien justifica una vida.

Cuando nació mi primera sobrina, recuerdo que mi hermano me contaba cómo él y su mujer pasaban horas asomados a la cuna, simplemente mirándola embelesados. La tele del salón, por primera vez desde que se habían casado, emitía inútilmente su reclamo sonoro a lo lejos, sin que nadie le hiciera caso. Ellos no podían apartar los ojos de la niña, pasmados de que esa preciosa criatura fuera hija suya.

Teresa de Jesús repite incansablemente: «Los ojos en Él» (Vida 35, 14). «Mire que le mira» (Vida 13,22).

No necesitamos rejas ni muros para no dispersarnos. Lo que nos recoge y sobrecoge es esa mirada.

Vivimos porque Él nos mira, y no podemos dejar de mirar, al descubrir el abismo de amor que se esconde tras su mirada.

---

### **¿Hablamos de espiritualidad? (Junio)**

---

La magia de internet —que traspasa fronteras— me permitía, hace unos días, asistir a una conferencia, en Colombia, del jesuita Gustavo Baena. Sus palabras, una vez más, me sacudieron: «¿Qué es la espiritualidad? A esta pregunta se dan múltiples respuestas. La espiritualidad consiste en reproducir en nosotros el ser de Dios, que es Espíritu, y que no es sino un continuo salir de sí mismo en función de los demás».

Y, como un eco de esta frase, recordé el párrafo más certero de la mística Teresa de Jesús, escrito desde la cumbre de las séptimas moradas: «¿Sabéis qué es ser espirituales de veras? Hacerse esclavos de Dios, a quienes, señalados con su hierro que es el de la cruz, los pueda vender por esclavos de todo el mundo, como Él lo fue».

Que nos quede claro: lo opuesto a la espiritualidad no es la secularidad sino el egoísmo. Palabra de doctora de la Iglesia.

Dicen por ahí que falta espiritualidad en nuestro mundo.

Quizá falte religión, pero la espiritualidad no se puede confundir con una serie de devociones, ni tiene que ver con rituales piadosos, ni es propiedad privada de ninguna iglesia ni grupo. Porque el Espíritu, ya lo dijo el mismo Jesús, sopla donde quiere.

La espiritualidad ha vuelto a ser definida recientemente por un niño australiano de trece años llamado Jordan Rice.

Todo sucedió durante las inundaciones de Queensland en enero del 2011. Jordan y Blake, su hermano menor de 10 años, viajaban en coche con Donna, su madre, cuando los tres se vieron sorprendidos por la crecida de las aguas. El vehículo se inundó de tal manera que tuvieron que subir al techo. La situación era pavorosa. Jordan no sabía nadar, pero cuando un socorrista acertó a lanzarle una cuerda para que se agarrara y pudiera salvarse, él insistió: «Sacad a mi hermano primero». Y su hermano Blake pudo ser rescatado, pero al intentar salvarlo a él, la cuerda se rompió. Jordan y su madre fueron arrastrados por la corriente y perecieron.

He aquí un episodio reciente que dignifica a la raza humana. He aquí una definición de espiritualidad insuperable: «mi hermano, primero».

El aire no se ve, pero percibimos su soplo enredando nuestro cabello o danzando en las copas de los árboles.

Los místicos no buscan definir a Dios. Bien lo expresó Gregorio de Nisa, allá por el siglo IV: «Los conceptos crean ídolos de Dios, solo el sobrecogimiento presiente algo».

Ni Teresa ni Juan de la Cruz pueden hablar del Dios al que nadie ha visto jamás (Jn 1, 18), pero sí muestran la quemadura que les produjo su llama.

A menudo, nos conformamos con pequeñas saciedades, con sucedáneos de Dios: un programa de televisión, los pasillos de una galería comercial, un teléfono móvil...

Nos defendemos de Dios, hasta que un día descubrimos que no hay quien llene nuestras cavernas interiores fuera de Él. Y entonces, nos sorprendemos diciendo, como la esposa del Cántico: «No quieras enviarme/de hoy más ya mensajero,/que no saben decirme lo que quiero».

Estamos hechos para Él. Y —como afirma Juan de la Cruz—, el corazón «no se satisface con menos que Dios».

Es fácil encontrar en nuestros ambientes religiosos a personas insatisfechas, subalimentadas, aunque vivan sentadas a la mesa de un fantástico banquete. Incapaces de alargar la mano y tomar el alimento. No saben o no pueden, o no quieren...

A fuerza de oír hablar de Dios, lo convertimos en un objeto más de nuestro mobiliario doméstico.

El día que descubrimos aterrados nuestro vacío, podemos atisbar la enormidad del don que nos aguarda. Y al Dios que «no está deseando otra cosa, sino tener a quien dar, que no por eso se disminuyen sus riquezas» (6M 4, 12).

Estamos hechos para la intimidad amorosa, pero vivimos prisioneros de nuestras actividades, de nuestra agenda, vacíos. Trabajamos por Él, pero como el hermano mayor de la parábola, somos funcionarios, y no hijos.

Aunque, claro, no siempre es así... Conocí en Venezuela a una misionera que pasaba de los noventa años. Por razones que ignoro, ella quiso contarme su historia. Encuentro tras encuentro, fue relatando los episodios de su larga aventura personal. Dios ardía en ella y mantenía su corazón joven y enamorado. Dios bailaba en sus ojos, como el viento mece las hojas: no se ve, pero no nos cabe duda de su presencia.

---

### **De costumbres y raíces: Teresa de Jesús cumple 500 años (Octubre)**

---

«Tendríamos que abandonar de cuando en cuando nuestras costumbres para vivir de las raíces, pero nunca lo hacemos. En verdad, somos hombres estampillados».

Esta afirmación del poeta Luis Rosales resulta de plena actualidad cuando iniciamos el año jubilar con motivo del V Centenario del nacimiento de santa Teresa, año que el papa Francisco ha querido dedicar a la Vida Consagrada.

Demasiadas costumbres en nuestra Iglesia, en nuestras comunidades. Demasiado ramaje sin raíces. Como si copiar lo que nuestros fundadores hicieron bastara para palpar con su mismo el latido, para vivir y morir por sus mismas certezas.

Nada más engañoso. Si Teresa de Jesús inyectó savia nueva en la iglesia de su tiempo, fue, precisamente, por su capacidad para innovar, para correr riesgos, para escandalizar incluso.

Zarandeada por el encuentro amoroso con Cristo en su divina humanidad, convencida de lo que quiere, llegará hasta el final para obtenerlo. Se enfrenta a mil dificultades para fundar monasterios femeninos (y masculinos) donde vivir según un estilo nuevo, basado en la relación amorosa con Dios y en la amistad fraterna. Toda una contestación social y religiosa para su tiempo. Por eso, aquellas primeras cuatro mujeres pobres recluidas en un diminuto convento de Ávila provocan el rechazo en las autoridades: «Y todos juntos dijeron que en ninguna manera se había de consentir; que venía conocido daño a la república, y que habían de quitar el Santísimo Sacramento, y que en ninguna manera sufrirían pasase adelante» (Vida, 36, 25).

Lo que hay en la raíz es precisamente una experiencia tan intensa y novedosa que no cabía en los moldes recibidos y que impulsó a Teresa a vivir de otra manera. Y eso, en un tiempo en que se manda a las mujeres que «tomen su rucica y su rosario, y no curen de más devociones».

Porque los guardianes del orden de todos los tiempos han visto siempre el peligro no en repetir unas costumbres heredadas, sino en poner la propia intimidad en contacto con Cristo, el Viviente. De ese encuentro brotará vida nueva, siempre.

---

### **Callado amor (Noviembre)**

---

«Si me nombras, desaparezco». ¿Cómo olvidar el ingenioso acertijo planteado en aquella escena del restaurante en la película *La vida es bella*?

El silencio tiene algo que me atrae irresistiblemente. A primera vista, podría parecer que donde hay silencio no hay nada, solo el vacío, el sinsentido incluso.

Sin embargo, alguien definió la palabra como el espacio entre dos silencios. Sin esos dos silencios, la palabra se volvería incomprensible, confundida en una cadena interminable de sonidos.

Es verdad que existe un silencio tejido de distancia y frialdad. Y decimos que «no se hablan» de dos personas que están profundamente enemistadas.

Hay un silencio impuesto, el del poder dictatorial, el del control y la censura, que atenta contra la libertad y coarta la comunicación.

Hay silencios tristes de hospital y silencios irreversibles, entre las calles del cementerio, poblado de ausentes.

Pero hay también un silencio fecundo, que serena y alivia de ruidos invasores, un silencio que nos pone en contacto con lo mejor de nosotros mismos, con la zona remota donde Dios nos visita. Silencio de amores, de palabras que caen de puro insuficientes.

En los conventos, durante mucho tiempo, se trató de imponer el silencio como mera ausencia de palabras. Sucedió que, cuando se levantó la veda, fuimos a dar en el lado opuesto... En el fondo, porque no se había educado para el silencio, ni se llegó a entender su sentido más hondo.

El profeta Elías no fue capaz de reconocer a Dios en el huracán ni en la tormenta. Solo en la brisa suave, en el susurro.

Juan de la Cruz nos asegura que el lenguaje de Dios es el «callado amor». Hay un lenguaje para comunicarnos con Él que está más allá de las palabras, incluso de las más hermosas. Y a la vez, aprender a escucharlo a Él, es ser capaz de entender ese silencio que es su presencia. Hay un silencio que es amor. ¡Qué bien lo intuyó Teresa, ya en la cámara secreta de la séptima morada! Entonces, cesan los éxtasis y los arrobamientos, y todo lo que pueda distraer de la simple mirada que lo dice todo. Allá, «solo Él y el alma se gozan con grandísimo silencio».